

Steven Hunt & John Bulwer (ed.), *Teaching Classics Worldwide. Successes, Challenges and Developments*, Londres / Nueva York / Oxford / Delhi / Sydney, Bloomsbury Academic, 2025, XII+468 pp., ISBN: HB 978-1-3504-2762-4, PB 978-1-3504-2761-7, ePDF 978-1-3504- 2763-1, eBook 978-1-3504-2764-8

Nos encontramos ante un libro cuyo título promete proporcionar a los lectores información sobre cuál es la situación actual de la enseñanza de los clásicos no solo en los territorios en los que histórica y geográficamente se desarrolló su historia, es decir, parte de Europa, Asia y África, sino en todo el mundo, con atención también, en su caso, a éxitos obtenidos, avances que se hayan realizado y desafíos que hay que afrontar para que las enseñanzas relacionadas con las lenguas, literaturas y culturas de las antiguas Grecia y Roma salgan reforzadas en periodos de crisis, o, cuanto menos, evitar que desaparezcan del todo por razones de índole política, social, económica o una combinación de varias de ellas, no siempre justificadas.

El objetivo de proporcionar una amplia visión de conjunto sobre el tema se ha conseguido con creces y es muy de agradecer. Los editores, Steve Hunt, profesor en la Facultad de Educación de la Universidad de Cambridge, y John Bulwer, que, además de profesor de las Escuelas Europeas de Bergen y Bruselas, fue entre 2015 y 2019 presidente de Euroclassica (la Federación Europea de Asociaciones de Profesores de Lenguas y Culturas Clásicas), han logrado que un vastísimo número de colaboradores —profesores, investigadores o miembros de sociedades de estudios clásicos— describan la situación en más de sesenta países (entendiendo el término ‘país’ en sentido amplio) de cinco continentes, y se han encargado por su parte de completar el panorama en algunos de los que faltaban, intentando alcanzar el mayor número posible de territorios (encontramos referencias incluso al latín en la Luna, p. 342, y la Antártida, p. 360), así como lo referido a las enseñanzas que trascienden las fronteras de un país determinado, caso de las escuelas internacionales (pp. 450-452) y de las enseñanzas informales y online (pp. 452-464).

Aunque el perfil de lector al que el libro va dirigido sea variado (profesores en activo, historiadores de la educación, investigadores en distintas disciplinas y responsables educativos y políticos), resulta especialmente oportuno para quienes enseñan griego y latín en los niveles preuniversitarios de muchos países de todos los continentes, y se ven no pocas veces forzados a subrayar el eco y la pervivencia de las lenguas y culturas clásicas en el mundo actual, defender su mantenimiento en los planes de estudios y proporcionar respuesta a la tan frecuente pregunta que de para qué sirven, por más que buscar la utilidad solo en la producción directa e inmediata de beneficios sea el error contra el que nos previno con acierto el prematuramente desaparecido Nuccio Ordine en *La utilidad de lo inútil* (traducción al castellano en Acantilado, 2013). Y *Teaching Classics Worldwide* apuesta por avanzar alguna de las respuestas que encontraremos a lo largo de su lectura ya desde la portada, al haber seleccionado para ella una sugestiva imagen que muestra a un líder y sacerdote maorí, Titokowaru, conversando con Sócrates. La artista neozelandesa Marian Maguire se ha adelantado en una década a las dos estatuas en bronce que recrean un también imposible encuentro del mismo filósofo griego con Confucio, creadas durante la pandemia por el chino Wu Weishan e instaladas desde 2021 en el Ágora Antigua de Atenas. Resulta innegable que el mundo clásico ha sobrevivido fuera de sus fronteras espacio-temporales de forma más o menos intensa, y que el diálogo con él sigue siendo fértil incluso a más de 17.000 km de distancia de los núcleos originarios de dicho mundo y ya bien entrado el siglo XXI.

El libro está organizado en cinco partes conforme a zonas geográficas (Europa y Rusia, las Américas, Australasia, Oriente Medio y Asia, África), a las que se suma una sexta sección que incluye las escuelas internacionales y la enseñanza informal y online. Consta de 68 capítulos (cada uno de ellos rico en referencias) que tienen por autores a Peter Glatz (Austria); Evelien Bracke, Katja De Herdt, Paul Pietquin, Nicolas Meunier y Charlotte Vanhalme (Bélgica); Drago Župarić y Sanja Ljubišić (Bosnia-Herzegovina); Dimitar Dragnev (Bulgaria); Nada Bulić y Zdravka Martinčić-Jerčić (Croacia); Pantelis Iacovou (Chipre); Martina Vaníková (República Checa); Rasmus Gottschalck y Anders Jensen (Dinamarca); Ilkka Kuivalainen, Robert Luther y Arto Rantamaa (Finlandia); Florence Turpin (Francia); Irine Darchia (Georgia); Barbel Flaig (Alemania); Dimitrios Stamatis (Grecia); Attila Ferenczi y Zoltán Gloviczki (Hungría); Geir Þ. Þórarinnsson (Islandia); Louise Maguire (Irlanda); Daniela Canfarotta (Italia); Nijole Juchneviciene y Raimonda Bruneviciute (Lituania);

Frank Colotte (Luxemburgo); Horatio Vella (Malta); Suzanne Adema (Países Bajos); Vesna Dimovska y Svetlana Kocovska-Stevovik (Macedonia del Norte); Vibeke Roggen y Eirik Welo (Noruega); Katarzyna Marciniak, Janusz Ryba, Barbara Strycharczyk y Anna Wojciechowska (Polonia); Susana Marta Pereira (Portugal); Theodor Georgescu (Rumanía); Elena Ermolaeva (Rusia); Boris Pendelj y Goran Vidovic (Serbia); Miran Sajovic (Eslovenia); José Luis Navarro (España); Axel Hörstedt (Suecia); Antje-Marianne Kolde (Suiza); Seda Sen (Turquía); Aisha Khan-Evans (Inglaterra); Amber Taylor y Arlene Holmes-Henderson (Irlanda del Norte); Alex Imrie (Escocia); Danny Pucknell (Gales); Margaret-Anne Gillis (Canadá); Teresa Ramsby (Estados Unidos); Arlene Holmes-Henderson (Hawái); Álvaro Matías Moreno Leoni, Diego Alexander Olivera y Natalia María Ruiz de los Llanos (Argentina); Tatiana Alvarado Teodorika (Bolivia); Paula Corrêa (Brasil); Leslie Lagos Aburto (Chile); Mariano Nava (Venezuela); Louella Perrett (Australia); John Hayden (Nueva Zelanda); Li Qiang, Liu Jianchang y Li Hui (China); Mali Skotheim (India); Lisa Maurice (Israel); Shiro Kawasima (Japón); Botan Maghdid (Kurdistán, Irak); Steven Hunt (Singapur y Malasia); Steven Hunt y Margaret Baird (Corea del Sur); Chandima Wickramasinghe (Sri Lanka); Leslie Iving (Egipto, Nigeria, Malawi, Uganda, Tanzania y Costa de Marfil); Gifty Etonnam Katahena (Ghana); John Bulwer (Senegal); Simon Idema (Sudáfrica); Obert Mlambo (Zimbabue). Por su parte, a Steven Hunt y/o John Bulwer se deben, además de la introducción, los capítulos que amplían la información proporcionada en cada parte del libro, además de lo referido a la enseñanza informal y online (Hunt), y las escuelas internacionales y europeas (Bulwer).

Si en principio los editores esperaban que la información proporcionada por los contribuyentes al libro se ciñera a aspectos relacionados con la organización y datos de matrícula escolar, los programas, las metodologías empleadas, los sistemas de evaluación, los recursos existentes y los medios de dotación de plazas y de formación del profesorado en secundaria, en muchos capítulos encontramos amplios tratamientos de la situación en otros niveles, como la primaria o la universitaria. A su vez, hallamos reflexiones sobre los propósitos que han guiado la enseñanza en tiempos pasados (por ejemplo, en Bolivia, pp. 309-316) y guían en la actualidad la presencia de los clásicos o intentan justificar su ausencia, esto es, las respectivas políticas educativas, reflejo fiel de lo que significa para cada país la educación de sus ciudadanos, asunto, por lo que nos atañe, abierto a vivos debates.

Los editores destacan el hecho, ahora comprobado, de que el estudio y conocimiento de las lenguas, literaturas y culturas clásicas están mucho más extendidos de lo que de antemano se podría pensar. No resulta una novedad comprobar que existen numerosas maneras de aproximarse a ellas, que dependen también de si se trata de educación formal o no formal; en la formal, principalmente mediante estudios de tipo lingüístico o a través de la literatura en traducción, el arte o la mitología; en la no formal, cine, televisión, teatro, música y otras formas de cultura o subcultura popular que van ganando terreno, como el manga y el K-Pop coreano con seguidores por todo el mundo (p. 398), podcasts, vídeos de YouTube, TikTok, etc. (p. 454). Tampoco sorprende que haya variados motivos por los que llevar a cabo esa aproximación, algunos aparentemente simples, como el mero gusto de saber más de pájaros y flores (p. 64), pero no por ello menos valiosos para una persona que los de facilitar el estudio de otras lenguas modernas, reflexionar sobre la propia y mejorar su uso, o conocer las bases de la cultura occidental. Está claro que saber latín y griego permite acceder directamente a todo aquello para lo que es necesario saber latín y griego. Pero es más que recomendable que el lector no se ciña exclusivamente a las páginas dedicadas al país propio o a los del entorno más próximo. El viaje por el mundo será grato y, gracias al trabajo de editores y contribuyentes, con frecuencia nos sorprenderá e inspirará.

Teaching Classics Worldwide abunda en observaciones que invitan a los profesores —sean innovadores o tradicionales— a reflexionar sobre un buen número de asuntos, por ejemplo, qué contenidos pueden considerarse los más adecuados para introducir a los clásicos en primaria y para continuar en secundaria y/o bachillerato e incluso la universidad; qué tipo de colaboración han de mantener estos últimos niveles educativos para que el mayor número posible de jóvenes conserve un buen recuerdo de sus estudios de latín o griego y desee continuar con ellos en el futuro (en este aspecto, parece claro que es muy importante que la universidad no vea la enseñanza en la escuela únicamente como preparación de futuros filólogos clásicos); qué tipo de metodologías o prácticas pueden contribuir a la consecución de mejores resultados y aumentar el número de alumnos; la pronunciación del latín y el griego; la conveniencia de hablar latín y griego en clase y hasta qué punto; el entrenamiento en gramática-traducción o en lectura-comprensión; la conveniencia del empleo o no del diccionario, bien en papel o en línea; cuánto énfasis hay que poner en los aspectos culturales frente a los contenidos lingüísticos; qué libros, materiales y recursos están a disposición de los profesores en cada país; modelos o

exámenes de certificación tradicionales o innovadores y cómo influyen en lo que se enseña; actividades extracurriculares; campos que puede abrir en las materias clásicas el empleo de tecnologías como la realidad aumentada, la realidad virtual o la inteligencia artificial generativa que los jóvenes emplean hasta en sus casas e incluso el efecto de las redes sociales con su continuo bombardeo de opiniones.

Mientras lee el libro, es muy probable que el profesor se sienta en mayor medida parte de una comunidad mundial amplia, viva y muy resiliente, sobre todo por lo que se refiere al griego, que, a la vista de las informaciones proporcionadas por numerosos contribuyentes, corre el riesgo de acabar reducido en unas décadas al ámbito universitario, incluso en la propia Grecia y en Chipre. El estudio del latín está, por el contrario, muy extendido (solo en China es superado en interés por el griego), hasta el punto de que los editores se atreven a considerarla una ‘lengua mundial’ y no la tan traída y llevada lengua muerta de los medios de comunicación (p. 1). Capítulo a capítulo, el lector podrá comprobar que numerosos profesores, universidades y asociaciones de países diversos están poniendo en práctica iniciativas novedosas (modernización de programas y materiales de enseñanza, flexibilidad en horarios, ampliación a nuevas áreas del currículo, actividades extracurriculares en museos y sitios arqueológicos) para adaptarse a unas circunstancias que son rápidamente cambiantes, y, como afirman los editores, mejorar y regresar, metamorfoseadas, de otra manera (p. 4).

El volumen revela la existencia de temas recurrentes en muchos de los sistemas educativos descritos (no podemos citarlos todos en cada caso, por lo que ahora únicamente proporcionaremos algún país a modo de ejemplo, y remitimos al muy útil índice temático y onomástico final del libro para consultas más detalladas), empezando por la generalizada dificultad de conseguir y retener alumnos debido a la nada nueva pero sí muy extendida idea de que las materias clásicas son menos útiles para ganarse la vida que las relacionadas con las STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas), que gozan del favor de las políticas educativas en la inmensa mayoría de países y convierten, sobre todo al griego, en materias de muy baja o inexistente demanda, en las que no merece la pena invertir recursos económicos (p. 467). Siguen vivos, además, en parte de la sociedad algunos prejuicios que actúan en contra del apoyo al mantenimiento de las lenguas clásicas en la escuela, como considerar que están pasadas de moda y son inútiles (ya en las propias Grecia e Italia); su elitismo (Gran Bretaña, Portugal, Georgia o Austria, por

ejemplo); que enseñan y perpetúan valores propios de la iglesia católica (de hecho en algunos países se pueden estudiar solo o casi exclusivamente en escuelas católicas [p. 465]); que, en lo político, son de derechas, porque las favorecen en mayor medida que las izquierdas (en Grecia y España, sin ir más lejos), o que fueron utilizadas como sostén ideológico del imperialismo occidental, la opresión colonial y la supremacía blanca (países de la antigua Unión Soviética, Kurdistán, Siria, Túnez, Zimbawe, etc.).

Por lo que se refiere al profesorado de clásicas, se observa una creciente dificultad para conseguir docentes especialistas, especialmente de griego, que impartan clases en los niveles preuniversitarios en muchos países o territorios, bien porque es difícil formarlos y mantenerlos actualizados (a veces solo se puede conseguir estudiando en el extranjero, caso no solo de la admirable Islandia), bien porque los docentes no consiguen unas aceptables condiciones laborales (por ejemplo, en Macedonia del Norte solo el 10% de los filólogos clásicos trabajan en educación) o, simplemente, por falta de relevo generacional, tendencia al alza incluso en países donde tradicionalmente no ha habido escasez de profesores (Francia, España, Rumanía, Dinamarca, Noruega, Suecia, Bosnia-Herzegovina, Portugal, Canadá...). En cuanto a la universidad, en no pocos países se observa un preocupante descenso en número de estudiantes (Chequia, Venezuela y Sudáfrica, por mencionar alguno de ellos), lo que reduce también el posible número de docentes para niveles preuniversitarios. Así, en tanto que los contribuyentes de algunos países ven con gran optimismo el futuro (por ejemplo, Dinamarca, Holanda, Alemania, China, Australia) o perciben un interés creciente (Lituania, Costa de Marfil, Nigeria), otros describen un panorama complicado, con muy poca o nula demanda sobre todo de griego, pero también de latín (Chequia, Hungría, Rumanía, Portugal, Nueva Zelanda, Eslovenia, Hawái, Brasil, Bolivia, Argentina, Perú...). Incluso en el país en el que, lógicamente, más latín se estudia en la escuela, Italia, existe preocupación por la progresiva reducción de horas de clase de latín y griego (p. 118). El reto para los clasicistas es, pues, doble, y a ello nos invita este libro: mantener y avanzar.

¿Y qué posibilidades válidas hay de aprender latín y griego para quien no puede acceder —o no lo desea, por circunstancias personales— a las enseñanzas regladas en escuelas y universidades? Recurrir a las de tipo informal (muy populares en Japón o Estados Unidos, por ejemplo, y que no tienen porqué renunciar al mantenimiento de la relación interpersonal entre docentes y discentes) u online. Ambos tipos permiten, además, el empleo de

métodos innovadores, al no ir ligados a formatos de examen tradicionales, por lo que se han convertido en una sólida opción para quienes no necesitan certificados ni títulos de clásicas: universidades para mayores, clubs, escuelas de verano, organizaciones benéficas como *Classics for All* (con sede en el Reino Unido), *Elliniki Agogi* (con sede en Grecia), aplicaciones como Duolingo o páginas web como *Latinitium*, por mencionar solo algunos. Steve Hunt tiene razón: Internet ha democratizado las clásicas (p. 454). Por eso hay que continuar experimentando y valorando las posibilidades de empleo que unas tecnologías que se desarrollan a velocidad de vértigo ponen al alcance de los usuarios, garantizar la calidad de los recursos que se generan con ellas y evaluar sus resultados.

Rosa María Mariño Sánchez-Elvira
Sociedad Española de Estudios Clásicos
rmarino@ucm.es
<https://orcid.org/0009-0003-8806-389X>